

En las páginas de este libro el cambio y la continuidad parecen haber alcanzado un equilibrio poco usual.

entre los centros y los márgenes del mundo de su tiempo, un mundo no acotado por los confines de Europa, sino por el contrario, un mundo en el que buena parte de su historia se desarrolla precisamente más allá de esos límites.

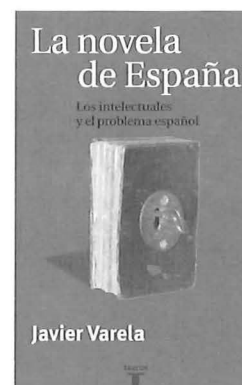
Esta amplitud intelectual es una de las dos fuentes de la excepcional riqueza analítica del libro. La otra es la inagotable curiosidad intelectual de su autora, reflejada en su capacidad de plantear preguntas imaginativas y de explorar vías de respuesta novedosas. Y es precisamente esta capacidad la que hace posible una nueva apreciación de Natalie Davis, como una figura que pueda servir como puente entre diferentes grupos de investigadores y lectores. Las generaciones más recientes —llamémoslas postmodernistas— encontrarán aquí una historia abierta y crítica con las categorías establecidas, una historia que cuida tanto sus múltiples interrogantes como las respuestas, y que se regocija explorando las contradicciones y complejidades de las cosas. Al mismo tiempo, los que se preocupan por la creciente desvinculación entre las tendencias culturales actuales y los fundamentos humanísticos y el rigor empírico que desde hace más de un siglo han caracterizado la historia profesional, encontrarán en esta obra una clara afirmación de estas tradicionales virtudes disciplinares. En las páginas de este libro el cambio y la continuidad parecen haber alcanzado un equilibrio poco usual. A partir de ello, se abre una vía hacia una prometedora renovación historiográfica, que responde a las nuevas preguntas que plantea echando mano a técnicas y conocimientos que han resistido bien el paso de mucho tiempo. Nada podría ser más acorde con el talante de esta singular historiadora, tan dotada de sensibilidad hacia los márgenes y las mezclas, lugares y oportunidades respectivamente de la misma creatividad e imaginación que con tanta consistencia impregnan la obra de Natalie Davis.

James Amelang es profesor del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid.

Obsesiones patrióticas: una visión asimétrica

Pau Viciano

Desde hace unos años, la literatura del Desastre, en forma de reediciones o de nuevas investigaciones y ensayos, ocupa un lugar destacado en los anaqueles de las librerías y en los suplementos culturales de la prensa más influyente. Este interés generalizado, sin embargo, no puede reducirse a la mera dimensión conmemorativa del 98. El fenómeno editorial no se agota en el mundo académico ni en el terreno de la memoria civil. Más allá del recuerdo de la humillación del león español y de las repercusiones que entonces tuvo el Desastre en la política y en las conciencias, buena parte de estas publicaciones retoman el «problema de España» desde una perspectiva actual. La de otro cambio de siglo que desvela nuevas amenazas sobre la idea —por decirlo así— oficialmente establecida de la nación española. El cuestionamiento de los Estados nacionales por arriba —resultado de la integración europea y de los efectos de la globalización— y por abajo —debido a las reivindicaciones culturales y políticas de las nacionalidades—, ciertamente no constituye un fenómeno peculiar del país, pero es vivido con una singular desazón por algunos sectores de la intelectualidad hispana. En estas circunstancias, un historiador de la talla de Javier Varela se ha visto impulsado en más de



Javier Varela,

La novela de España. Los intelectuales y el problema español, Taurus, Madrid, 1999, 427 pp.

una ocasión a intervenir como intelectual, es decir, como creador de opinión, en el debate público. En 1997 ya participó en la controversia sobre la enseñanza de la historia, defendiendo el proyecto de la ministra Esperanza Aguirre, y recordando que, ante la influencia perniciosa de las historias nacionalistas, el Estado ha de «velar por que los destrozos causados en las mentes de los jóvenes sean los menores posibles». Dos años después vuelve a la escena con *La novela de España*, una obra que, sin perder el rigor profesional, trata de llegar a un público relativamente amplio. De esta manera, por el estilo literario y la vinculación del tema con el momento político actual, el libro comparte el carácter ensayístico de la literatura que constituye precisamente su objeto de estudio: la producida por varias generaciones de intelectuales en torno al «problema español», desde la Restauración hasta la transición democrática. Unas coincidencias que no acaban aquí, ya que las opiniones de Javier Varela a menudo evocan unas continuidades subterráneas con las obsesiones patrióticas de los noventayochistas –eso sí– convenientemente puestas al día.

La obra se presenta, sin embargo, como una crítica del esencialismo nacionalista de uno u otro signo. «El Desastre –nos dice el autor– estimula el tránsito del nacionalismo catalán desde la fase cultural a la política de masas. También sirve de acicate para la aparición de nuevos discursos y nuevos mitos del nacionalismo español». En este sentido, en el libro se reconoce el carácter mítico y nacionalista de los discursos sobre la identidad española –en el caso catalán ya se daba por supuesto– e incluso hace notar que «el conjunto de mitos nacionalistas españoles, los del centro y los de la periferia, tienen, como veremos, una relación compleja. Relación de oposición a menudo, pero también complementaria» (p. 21). De esta manera, aunque la obra se centra en el discurso nacionalista dominante, el de las esencias españolas, en algunas ocasiones busca el contrapunto de la periferia, básicamente en los ideólogos del catalanismo. Así, el autor destaca los lazos que unían el pensamiento reaccionario de

Marcelino Menéndez Pelayo con Manuel Milà i Fontanals y la cultura tradicionalista de la Renaixença. De la misma manera, se destaca la coincidencia de los krausistas y de los catalanistas en la elaboración de una «geografía nacionalista», donde el paisaje adquiriría el rango de representación de la esencia popular. En otras ocasiones el autor alude a las argumentaciones raciales del regeneracionismo –«No habrá libro o artículo regeneracionista (...) que no dedique uno de sus principales apartados al carácter de la etnia o raza española y de sus defectos» (p. 114)–, al mismo tiempo que se explaya en los disparates abiertamente racistas –los catalanes serían arios y los castellanos semitas– de autores de segunda fila como Pompeu Gener, «defensor del darwinismo social con ingredientes nietzscheanos» (p. 113). Más recientemente, una obra tan renovadora como la de Jaume Vicens Vives no estaría exenta de planteamientos esencialistas –«en los mismos términos angustiados que observaba en el adversario castellano– e incluso de «rasgos xenófobos» (p. 374), por el mero hecho de lamentar la castellanización de la nobleza catalana.

No cabe duda de que las actitudes coincidentes entre el españolismo y el catalanismo existían en mayor o menor medida y que, en definitiva, formaban parte del legado cultural europeo *fin de siècle* y de sus pervivencias tardías en la España de la autarquía intelectual. Pero no deja de sorprender que el autor recurra a comparar el discurso entre los dos nacionalismos para concluir que los catalanes, en sus referentes culturales y actitudes, lo quisieran o no, eran auténticamente españoles: «la supuesta identidad catalana es una construcción artificiosa» (p. 374). Y sobre todo que eran tan reaccionarios o más que sus compatriotas de la Meseta. Es cierto que Menéndez Pelayo tenía poco que enseñar a un Torras i Bages en materia de integrista, y que los entusiastas del darwinismo social podían residir tanto en Madrid como en Barcelona. Ahora bien, quizá se eche de menos alguna alusión al sector progresista de la Renaixença –de tradición republicana y laicista– y a la voluntad europeísta y moderni-

Las actitudes coincidentes entre el españolismo y el catalanismo existían en mayor o menor medida y, en definitiva, formaban parte del legado europeo fin de siècle.

zadora del Noucentisme y de sus antecedentes «modernistas». Este olvido del catalanismo más avanzado contrasta con el interés por reivindicar las raíces progresistas del españolismo. «Una persistente manera de concebir los orígenes del nacionalismo español –se lamenta Varela– ha sido el adscribirlo en exclusiva a movimientos de derecha o antiliberales» (p. 77). Un lector ingenuo y poco familiarizado con la historia de Cataluña podría concluir que el catalanismo fue –y tal vez sigue siendo– una superchería reaccionaria, mientras que el sentimiento nacional español, a pesar de las derivas esencialistas, puede exhibir también una ascendencia liberal y, por tanto, respetable. Por aquí parece que van las cosas cuando Varela saca a relucir, para criticarla, una conocida *boutade* –«España es un invento de Menéndez Pelayo»– de Joan Fuster, autor, por cierto, de un ensayo cáustico sobre el tema como es *Contra Unamuno y los demás* (1975).

Así pues, *La novela de España* –en realidad, la novela del nacionalismo español– recorre el frondoso árbol genealógico de una identidad nacional «inventada» a partir de los referentes culturales e históricos castellanos. La obra narra las diferentes trayectorias de pensamiento sobre el «ser de España» desde el enfrentamiento entre el tradicionalismo de Menéndez Pelayo y los liberales krausistas, a fines del siglo XIX, hasta la reyerta intelectual, tan legendaria como estéril historiográficamente, de Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz. Por el camino, se exploran las lamentaciones y el pesimismo racial de los regeneracionistas, la retórica sentimental sobre la Castilla mística y guerrera de los noventa-yochistas y el ambiguo liberalismo aristocrático, compatible con una visión organicista, jerárquica e incluso biológica de la nación, elaborado por un inquietante Ortega y Gasset. Aunque la narración se centra en la obra de los diversos intelectuales, uno de los capítulos se dedica al Centro de Estudios Históricos, aquella fábrica de patriotismo «científico» –según los cánones del positivismo nacionalista y romántico de Ramón Menéndez Pidal– que trataba de encontrar la veta de la esencia espa-

ñola en las canteras de los hechos del pasado. Finalmente, *La novela*, a través del seguimiento de José Antonio Maravall, traza la evolución del legado ideológico y cultural de Ortega durante el franquismo, que pasó de una actitud reaccionaria cegada por una utopía medievalizante, a su reconversión, bajo la influencia francesa, en un liberalismo confiado en los valores de la modernidad.

No puede negarse que Javier Varela, a lo largo de este atormentado itinerario histórico, no duda en sacar a la luz los rasgos irracionistas e incluso las manifestaciones de un nacionalismo organicista y antiliberal que subyace en buena parte de la producción intelectual –y en definitiva ideológica– surgida a propósito del «ser de España». El autor se muestra más bien crítico con el tradicionalismo de Menéndez Pelayo y el casticismo «zafio» de un Joaquín Costa, y subraya tanto el «mito castellanista» de la generación del 98 como la «fantasía de la historia» de Rafael Altamira. Respecto a Ortega y Gasset, se ponen sobre la mesa sus actitudes elitistas y su vinculación con las corrientes de pensamiento irracionistas que se rebelaban contra las ideas democráticas y progresistas de la tradición ilustrada. El Centro de Estudios Históricos se muestra como un esfuerzo meritorio pero orientado por una quimera esencialista, más propia de «místicos» que de historiadores. Américo Castro sería un erudito dedicado al «psicoanálisis nacional» y Claudio Sánchez Albornoz aparece, ya al final de su vida, como un indignado nacionalista español que, incluso a través del diario *El Alcázar*, llegó a suministrar –de manera consciente o inconsciente– argumentos anticomunistas y antiseparatistas a la ultraderecha. En este sentido, la figura de José Antonio Maravall constituye, según se desprende del relato de Varela, la trayectoria intelectual que, de alguna manera, permite redimir al conjunto del pensamiento español de sus derivas antidemocráticas y esencialistas. El autor se complace en jalonar esta evolución ideológica e intelectual que parte del espíritu reaccionario, en buena medida de herencia orteguiana, de un joven Maravall integrado en el aparato académico del primer franquismo, y

que acaba en el historiador liberal europeísta influido por Raymond Aron, Lucien Febvre y Fernand Braudel. Una feliz evolución que no habría sido simplemente personal sino sobre todo colectiva: se trataría de «la peripecia de Maravall y la de su generación, entre la negación y la aceptación –crítica o gozosa, en todo caso inevitable– de la modernidad democrática y liberal en España» (p. 378).

Pero la evocación del itinerario de José Antonio Maravall y sus camaradas no sólo sirve para demostrar que, en el fondo, el discurso nacionalista español podía superar la matriz esencialista y conservadora que compartía con la *Renaixença*, sino también que los nacionalismos periféricos se mostraban incapaces de efectuar este giro desmitificador y aperturista. No puede tener otro sentido la comparación entre el liberalísimo Maravall, empapado del saber de los *Annales*, y un Vicens Vives que protagonizaría un rearme de la historia nacionalista catalana. No debe ocultarse que en el pensamiento histórico de Vicens perviven elementos de disciplinas tan dudosas como la geopolítica y las morfologías históricas, pero otra cosa es sacar a relucir obras menores de divulgación escritas durante los momentos más duros del franquismo. Por más reaccionarias que fuesen las ideas que se contenían en ellas, conviene recordar que Vicens era un historiador sospechoso para un régimen obsesivamente hostil al separatismo, mientras que los cachorros de Ortega –y no sólo los jóvenes intelectuales falangistas– se encontraban cómodamente instalados en el entramado académico del nuevo Estado. Leyendo *La novela de España*, casi parecería que la fructífera obra de Jaume Vicens Vives se habría reducido a facilitar materiales ideológicos para el triunfo del nacionalismo catalán, mientras que la renovación historiográfica de los *Annales* habría llegado al otro lado de los Pirineos en las maletas de José Antonio Maravall. El giro nacionalista que, según *La novela*, retomaba la historiografía catalana contrastaría con la *laicización* de la española. «En tanto que los mitos del nacionalismo español comenzaban a perder crédito y a disolver-

se –sostiene Varela–, los mitos del nacionalismo periférico cobraban nueva vida. La persistencia del régimen político autoritario convertía a los primeros en reliquias poco recomendables, pero daba verosimilitud a los segundos, como si fuesen la consecuencia natural de una identidad maltratada, resultado de una secular resistencia ante un centro opresor» (p. 375).

Si bien es cierto que la resistencia contra el franquismo pudo reforzar un nacionalismo autodefensivo, también conviene recordar que la represión sistemática de la dictadura contra el menor atisbo de pluralidad lingüística o cultural es una realidad y no una insidiosa propaganda del nacionalismo «victimista». De hecho, el españolismo esencialista reelaborado –pero no inventado de la nada– por el franquismo resultaba una pesada carga para los intelectuales demócratas, pero una cosa muy distinta es que dejasen de ser nacionalistas más o menos liberales. Como tampoco debe olvidarse que el catalanismo y los otros nacionalismos «periféricos» contribuyeron decisivamente al consenso antifranquista y a la pluralidad cultural del Estado. En este sentido, el discurso de Javier Varela, que no resulta inusual en los medios de comunicación que pasan por progresistas, trata con un rigor asimétrico las desviaciones nacionalistas según de donde vengan. Así, a lo largo de *La novela de España* flota la sensación de que, a pesar de la exposición de sus aspectos más sombríos, la retórica sobre el «problema de España» tiende a ser aislada de sus consecuencias políticas. Menéndez Pelayo no tendría nada que ver con el nacionalcatolicismo de Franco; Ortega –con razón o no– quedaría exculpado de las derivaciones falangistas de sus reflexiones, y así sucesivamente. En cambio, los mitos nacionalistas periféricos, incluso formulados en el terreno de las ideas, tendrían una «conclusión mortífera» (p. 375) en el caso de los vascos y, en general, derivarían en problemas de exclusión y en una amenaza para la vida democrática. Así, «desde la transición política, el problema español sólo existirá entre los nacionalistas periféricos, incapaces de existir sin la mitología romántica sobre la totalidad nacional, que es precisamente la que alimenta la

división entre amigo y enemigo, potencialmente destructora de la convivencia» (p. 20).

Lo que resulta aún más sorprendente es que sea el propio Varela quien reproduzca la división «nosotros»/«ellos» –donde quizás resuena Carl Schmitt– cuando se trata de valorar el significado de la tradición del pensamiento sobre el «ser de España». Para el autor, sacar a relucir las conexiones y consecuencias políticas de este pensamiento reaccionario es adoptar la «intención denigratoria» del intelectual «lascasiano». «Según esta propensión –se lamenta–, la mayoría de los escritores contemporáneos pueden y deben ser condenados sin remisión. Los unos porque preludian la sublevación de 1936 (...), los otros porque son pre, ante o profascistas. Todos por incurrir en el gravísimo delito de patriotismo español». En su opinión, en cambio, estos escritores forman parte de la educación de todo lector español: «Los escritores, cualesquiera que fuesen sus actitudes políticas, *son de los nuestros*» (p. 24). De los «nuestros», es decir, españoles más allá de sus diferencias ideológicas. Y por si alguien estuviese tentado de formular alguna objeción, el autor puntualiza que la historia reciente de España ha sido «una tragedia en la que no hubo –hoy tendemos a verlo así– buenos ni malos absolutos» (p. 24). La revalorización indiscriminada de estos pensadores, incluso de los más abiertamente hostiles a las ideas democráticas, recuerda los esfuerzos que se han llevado a cabo en Francia para recuperar el legado cultural de Charles Maurras y la Action Française. En el fondo lo que se propone no es otra cosa –en expresión crítica de Giovanni Levi– que una «deslegitimación universal del pasado»: desde el presente no podríamos identificarnos con ninguno de los protagonistas de una historia conflictiva, ya que todos habrían sido buenos o malos a su manera. Conceptos como derecha o izquierda, dictadura o democracia no justificarían un alineamiento retrospectivo. Así, lo único que nos quedaría es asumir a todos los intelectuales en tanto que tradición cultural que ha conformado una determinada identidad nacional. Lo que nos quedaría es, pues, la nación española.

El libro aparece lastrado por su actitud asimétrica ante los distintos nacionalismos.

La obra de Javier Varela, sin dejar de ser un recorrido sugestivo y a menudo brillante por la historia intelectual española, quizás resulte limitada al ceñirse estrictamente al terreno de las ideas, sin entrar a valorar su impacto y pervivencia en la mentalidad social, en definitiva en los procesos de invención de la nación. Pero sobre todo el libro aparece lastrado por su actitud asimétrica a la hora de valorar los distintos nacionalismos: una postura benévola e integradora al abordar incluso las manifestaciones más esencialistas del españolismo y, en cambio, una crítica militante de los denominados nacionalismos a secas o «periféricos». De este afán crítico no se salva ni la lengua, ya que Javier Varela se niega a modernizar la ortografía de las escasas citas en catalán –«como lengua española que es»– alegando que sería una «falsificación filológica» (p. 25). No deja de ser sorprendente la coincidencia de esta postura antinormalizadora con las objeciones de un Menéndez Pidal a la descastellanización de la lengua catalana, por no hablar de la prohibición, durante el primer franquismo, de las ediciones en catalán normativo y la sola autorización de las escritas en ortografía arcaizante. Así las cosas, afirmar que desde la transición el «problema español» sólo se mantiene en Cataluña y en las otras nacionalidades, mientras que «en el resto de España, la metafísica nacionalista sobre la unidad, el destino, la psicología peculiar y los orígenes absolutos se había traducido en problemas terrenales de crecimiento económico, democracia y salvaguarda de los derechos individuales» resulta, en el mejor de los casos de una miopía panglosiana. No hay más que echar una ojeada a las novedades editoriales de los últimos años para percatarse de la buena salud de la nueva literatura sobre la identidad nacional española y de los múltiples peligros que –según este discurso neonacionalista– amenazan su integridad. Una nutrida masa de papel impreso donde *La novela de España* no dejará de ocupar un papel relevante.